

UNA DISCIPLINA EN BUSCA DE LA PROFESIÓN

Ma. de los Ángeles Fernández

Directora Escuela de Ciencia Política, Universidad Diego Portales

Ex presidenta Asociación Chilena de Ciencia Política.

Existe consenso en afirmar que la Ciencia Política, a nivel mundial, ha madurado y se ha profesionalizado (Goodin y Klingemann, 2001: 22). Ambos autores señalan que existe un fuerte sentido (que cambia a lo largo del tiempo) de qué constituye y de qué no constituye un "buen" trabajo en Ciencia Política. Adicionalmente indican que, a este nivel, entra en escena la motivación por el estudio de la política y citan a Weber, quien habla de su estudio académico como una vocación o llamada, y a Wildavsky, quien piensa en ella como un arte o un oficio, más que en una ciencia.

¿Es posible hablar hoy día, en Chile, de la Ciencia Política como una profesión? En términos generales, pensamos en algo "profesional" en referencia a un conjunto de pautas y de normas específicas. Los miembros que entran a ella se socializan en sus pautas y normas; los que ya lo están, deberían ser evaluados de acuerdo a ellas. Ello implica que hay una competencia profesional mínima que todos reconocemos en base a un "núcleo común".

A nivel internacional, las comunidades politológicas más avanzadas están reflexionando en torno a estas preocupaciones hace algún tiempo: el nacimiento de la revista *Political Science & Politics*, al alero de la American Political Science Association (APSA), o las reflexiones que actualmente encamina el European Consortium of Political Research (ECPR) y la European Political Science Network (Epsnet) son una muestra de ello.

La revista POLÍTICA, en esta nueva etapa, asume que existen ciertas condiciones que nos permiten comenzar a hablar de la existencia de la profesión de cientista político en Chile e intentar llenar un vacío que, al respecto, existe. El desarrollo de la disciplina en el país ha experimentado un itinerario complejo y particular: cuando recién estaba en su etapa de *take off*, a fines de los años 60 y principios de los 70, se vio extirpada violentamente de las universidades, a causa del quiebre de la democracia. Luego de la diáspora intelectual y de la precaria sobrevivencia del primer tiempo, experimentó un lento resurgir durante la década de los 80, al alero

de los centros académicos independientes y teniendo un objeto de estudio galvanizador como era la recuperación de la democracia.

Durante casi veinte años la opción preferencial –y posible– de reproducción disciplinar fue la enseñanza de postgrado.

Hoy, en el año 2004, observamos dinámicas distintas al interior del campo, tales como la internacionalización de los dos últimos Congresos Nacionales de Ciencia Política, asistiendo al último, en el año 2002, los miembros del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA); la existencia de ocho proyectos de enseñanza de pregrado y la paulatina conformación de una nueva generación de politólogos que retornan con sus títulos de Doctorado de universidades extranjeras de excelencia, por citar algunos indicadores de que algo está cambiando.

Por lo tanto, parece necesario preguntarse por la naturaleza y posible impacto de estos cambios en la disciplina. Las preguntas que emergen no deben eludir las evidentes dificultades que experimentan las Ciencias Sociales en el Chile de la transición, para las cuales la democracia no ha significado “el mejor de los mundos”. Por otra parte, es hasta sano recordar que la disciplina como tal presenta problemas (Lynn, N.B., 1983:96) y frecuentes crisis de identidad, las que han sido perfiladas como ansiedades recurrentes y que se producen en cuatro dimensiones (Trent, 2003: 4). Nos referimos al estatus cognitivo de la disciplina como ciencia, a sus problemas de demarcación profesional, a la naturaleza variable y cambiante de su objeto de estudio y al tema de su relación práctica con ese mismo objeto. Al calor de estas consideraciones, emerge la necesidad de algún tipo de acuerdo –también en el seno de nuestra comunidad politológica– sobre los estándares de indagación política. Ello no hace alusión al sentido de “cientificidad” en que los positivistas o los científicos empírico-sociales comprenden dicho término. Sin embargo, debemos concordar un conjunto de cánones de procedimiento para la indagación científico-social en esta era de “postbehavioralismo” y de “postpositivismo”.

Con estas consideraciones como telón de fondo, POLÍTICA asume el desafío de iniciar un espacio de reflexión y debate sobre la profesión de cientista político. Algunos de nuestros objetivos son contribuir a la provisión de un estado de situación y de seguimiento de la disciplina, así como también impulsar un mayor nivel de visibilidad, disciplinario y profesional.

En este marco, en los próximos números, abordaremos los siguientes temas:

- ¿Cómo estamos educando en Ciencia Política? A la tradicional enseñanza de postgrado, se unen nuevos proyectos de pregrado. Parecie-

ra llegado el momento de preguntarse acerca de cómo y de para qué estamos enseñando a los futuros politólogos, y reflexionar acerca de si hemos logrado superar la tradición pedagógica enciclopedista y literaria, fuertemente anclada en las opciones formativas en Ciencia Política. Asimismo, explorar si nos estamos acercando a enfoques más innovadores, en los que el uso de las ventajas que ofrece la red juega un rol central.

- Es lícito preguntarse si la sociedad chilena ve al cientista político más allá de los individuos que han ocupado y ocupan cargos de gobierno en las instituciones del Chile democrático. ¿Cómo es observada la disciplina en el marco de la vida pública?, ¿cómo nos ven aquellos que deberían solicitar nuestros servicios, tanto en los ámbitos público y privado? Es esta una pregunta relevante, que nos remite al problema de la legitimidad y utilidad social de la disciplina, así como a su sentido de relevancia.
- El reducido número de mujeres que hay en la disciplina debería ser motivo de reflexión. Si bien es esta una característica a nivel mundial, dado el interesante avance de los "Women's Studies", resulta provocador preguntarse acerca del estatus de la mujer en la Ciencia Política chilena, desde el punto de vista teórico y epistemológico, pero también profesional y político.
- La Ciencia Política es hoy una empresa académica transnacional. Así lo revelan los Congresos Mundiales de Ciencia Política, organizados por la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA). Las posibilidades de generación de conocimiento con impacto se juegan hoy en las redes académicas que dinamiza la globalización. Esta afirmación es una invitación a reflexionar sobre el estado de nuestra Ciencia Política en la materia y pesquisar si es menos aislada que antaño: observar las conexiones internacionales que han establecido los centros de estudio así como los temas de docencia y las agendas de investigación que pudieran estar trabajándose a la luz de esta nueva dinámica.

Estos y otros temas serán abordados en estas páginas. Tenemos la certeza de que serán de utilidad, no solo para las nuevas generaciones de politólogos, sino también para las más experimentadas, que no están acostumbradas a hablar de sí mismos ni a reflexionar sobre la naturaleza y el alcance de la disciplina (Marsh y Stoker, 1997: 13).

Referencias bibliográficas

- Goodin, R. y Klingemann, H. D. (eds). 2001. *Nuevo Manual de Ciencia Política*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Lynn, Naomi B. 1983. "Self-portrait: profile of Political Science". En: *Political Science: the state of the discipline*, editado por A. Finifter, Washington: American Political Science Review, 95-119.
- Marsh, D. y Stoker, G. (eds). 1997. *Teoría y Métodos de la Ciencia Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Trent, J. 2003. "The relationship between the researcher and the subject matter: for a comparative study of what political and public service practitioners know about Political Science". En: *XIX World Congress of the International Political Science Association*, 30-June to 4-July 2003, Durban, South Africa, 1-16.